

II domingo de Cuaresma (01-03-26)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

Es una alegría poder reencontrarnos después de dos meses que he tenido que estar en funciones y tareas que nos encarga la Iglesia Universal cuando se tiene la condición de Cardenal. Ahora nos reintegramos y seguimos el camino de la Cuaresma, que es un camino importante para nuestras vidas en la Iglesia Universal, mucho más en el momento álgido y difícil que estamos viviendo en el mundo, y que requiere afrontarlos, desde la profunda experiencia de Dios.

Nadie puede afrontar problemas graves si es que no está inspirado para resolverlos. Y resolverlos como Dios lo quiere, no resolverlos como el hígado quiere, ni el carácter quiere, ni la ambición quiere, ni el dinero quiere, sino lo que quiere Dios, porque Dios nos ha creado, nos ha hecho a su imagen, y nosotros debemos recuperar, de parte de cada uno de nosotros y de todos, aquella experiencia de Dios que nos ha dado origen a todos para volver siempre a lo fundamental.

Hoy día, nos toca el texto de la Transfiguración (Mateo 17, 1-9), que tiene, sobre todo, un punto fundamental que hay que subrayar: intimidad, profundidad, experiencia de encuentro gratuito vital y fundamental con Jesús. La Cuaresma es para eso: para dejarnos interpelar, llamar y volver a la fuente de nuestra vida y nuestra salvación, que es Jesús. Y solamente cuando nos encontramos con Él - y,

como dice la voz: “Escúchenlo” - podemos vivir y afrontar las terribles experiencias humanas, donde encontramos siempre una inspiración para resolverlas bien. Eso nos ocurre en todo.

A muchos de los aquí presentes que se han casado, o que han tenido experiencia linda porque entraron a la universidad, o porque han salido bien en los exámenes, les ocurre que el origen de una solución interesante de algo o de un camino nuevo, siempre es que tuvieron un chispazo, una intuición, algo que uno mismo no planifica, pero que nos viene dada. La fe cristiana es, ante todo, un don gratuito, como lo dice hoy día San Pablo. No está dada por méritos nuestros, sino por el amor gratuito que Dios nos ha tenido y siempre nos tiene a todos los humanos. Esa es la fuente de todos los chispazos interesantes que nos dan felicidad, y necesitamos tenerlos y vivirlos.

Si no tenemos esas experiencias profundas, como en este caso los discípulos, que son llevados por el propio Señor a un lugar alto y Él les muestra, les transparenta lo más hondo que tiene y se los muestra, les muestra que realmente es el Hijo de Dios, les muestra su Resurrección por anticipado, y eso es para regalarles la fuente inagotable de fuerza y esperanza. Si no tenemos esas experiencias, que algunos psicólogos le llaman “experiencias cumbre”, nuestra vida pierde sentido porque todo el tiempo está distraída, no en lo profundo, sino en lo banal. Basta ver nuestras redes sociales, en donde solamente se intercambian insultos, peleas, competiciones, escándalos, pero no se ve esperanza, porque son relaciones superficiales, son

relaciones mediadas. Pero en este texto hay una relación inmediata, profunda, no superficial.

Muchos de ustedes aquí se han enamorado, ¿no es cierto? ¿Qué hubiera sido un matrimonio si no hubo un buen enamoramiento? Las personas que sienten vocación la sienten porque el Señor les da el don de esa vocación y se estremecen, y por eso deciden asumir un camino definitivo que les permite actuar de diferentes maneras, en diversas ocasiones, pero siempre centrados en su misma opción. Tenemos aquí, por ejemplo, a la hermana que ha retornado su colaboración con nosotros en la comunidad de la Catedral, por ejemplo. Ya está mayor ella, y, sin embargo, su vocación es la que la guía. Y también nosotros, si trabajamos y hacemos algo, si no nos nace de lo profundo, fallamos y dejamos todo.

Y eso es lo que quiso Jesús con sus discípulos: marcarlos definitivamente con una experiencia que sellara y recordaran siempre, a pesar de que después, cuando pasa la situación y llega la voz y, luego, encuentran a Jesús solo y se llenan de miedo. Es verdad que vivir según la vocación puede dar miedo, sobre todo, porque hay que actualizarla todo el tiempo, manteniéndola, aunque no quedándose en la cumbre.

Uno de los discípulos, Pedro, dice: “¡Qué bien se está aquí!”, es decir, “mejor quedarnos acá.” Es como esas personas que rezan mucho y dicen: “Ah, sí, sí, yo me quedo en la Iglesia”. ¿Y los demás? ¿Cómo es eso de salvar el alma sin salvar la vida de los demás, sin ayudar a los demás? Es una salvación egoísta, o sea, una condenación.

Se auto condena a no compartir la vida con los demás y, por lo tanto, se encierra en sí misma y no hay manera de abrirla.

Estamos viendo cuántos personajes caprichosos andan ahora viendo la manera de lograr lo que buscan. “Siempre buscamos esto y lo vamos a lograr”, suelen pensar. Y todo es por plata, todo es por poder, todo es por dinero. ¿Y nuestro pueblo? ¿cómo anda?, ¿cómo vive? Esto es muy importante porque todos nosotros estamos llamados a vivir en profundidad y, por eso, la Iglesia ha instituido cuarenta días para adentrarnos en Jesús, para abrirnos a Él y dejar que Él penetre en nosotros y nos recuerde lo maravilloso que es ser humano, lo grande y bello que es compartir, ser amigos. Eso está faltando hoy día en el mundo y la Iglesia tiene la misión de anunciarlo; no de imponerlo, porque eso no se puede imponer, pero sí se puede suscitar y anunciarlo con su testimonio.

Por eso, el gran Papa Francisco, que nos hizo obispos hace tiempo y ahora también nos llamó a la ser cardenales, fue siempre un hombre muy consciente de la presencia viva de Dios en su vida. Y ahora el Papa León XIV es lo mismo: un hombre santo y bueno que recuerda siempre el primer amor que lo marcó. Y eso se está notando esta mañana; justamente, ha manifestado a todas las partes que están peleándose y que pueden provocar una situación mucho más extrema, el saber ceder y saber conversar pacíficamente.

Hermanos y hermanas, estamos en una época en que es urgente que nos miremos a los ojos y tratemos las cosas y las resolvamos. Reconozcamos, inclusive, nuestros límites y

podamos salir adelante. Inclusive si somos ilusos muchas veces y pensamos que rápidamente se pueden resolver las cosas como por una magia. Como sabemos bien no existe la magia. Existe el compromiso verdadero de alguien que entra en nosotros y nos ayuda a caminar. Para eso se transparentó, se transfiguró Jesús. Para eso son estos días de Cuaresma también. Y vamos a pedirles a todos que hagamos este esfuerzo de recogimiento, de conversación, de dejarse enamorar por Jesús.

Muchos en estos días hacen retiros. Si estamos en casa o tenemos un amigo, conversemos: ¿Cómo sientes que voy yo? ¿Cómo siento que vas tú? Intimen. Eso nos lleva poco a poco a fuentes inagotables de avance, mucho más si dentro de pocos tiempos vamos a decidir, otra vez, el destino de nuestro país. Pidamos al señor que nos ilumine e inspire para una buena decisión...En la anterior nos equivocamos, ¿no es cierto?

Por eso tenemos que profundizar mucho y saber bien lo que vamos a hacer, y profundizar en todo lo que realmente necesitamos. Y quisiera resumirlo, hoy día, en este mundo tan difícil, en una sola palabra: necesitamos "humanidad". Es decir, el ser seres humanos verdaderos, que se aman, que aprenden a ser humanos ayudándose mutuamente y que transforman el mundo con inteligencia basada en el amor y en el servicio de Jesucristo.

Tengan ustedes y aprovechen la Cuaresma para aprender a *"tener los mismos sentimientos que Jesucristo, el cual, siendo de condición divina, no retuvo para sí su categoría de Dios, sino que se anonadó. Tomó la condición de siervo, de*

esclavo, pasando por uno más de nosotros". Lo que Dios Padre, al dejarlo dar su testimonio de amor y perdón, muriendo en una Cruz, "lo levantó y le puso el nombre sobre todo nombre, para que ante toda rodilla se doble, en el cielo y en la tierra" y todos, en todas las lenguas proclamen que "Jesucristo es el Señor para la gloria de Dios Padre".

Que el Señor nos bendiga y nos acompañe, y a todos como país, para resolver nuestros problemas con la profundidad del amor de Dios como inspirador de nuestras decisiones. Y que cada uno ayude a inventar las soluciones que vea mejor, pero siempre basados en el Espíritu, en especial el de fineza que nos da la fe, la esperanza y la caridad que vivimos y tratamos de vivir en nuestra Iglesia, compartido con los que no viene tanto pero que son sinceros y buscan la profundidad.

Amén.